

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 3 de Octubre

Núm. 13

Año XIII. No. 557

SUMARIO

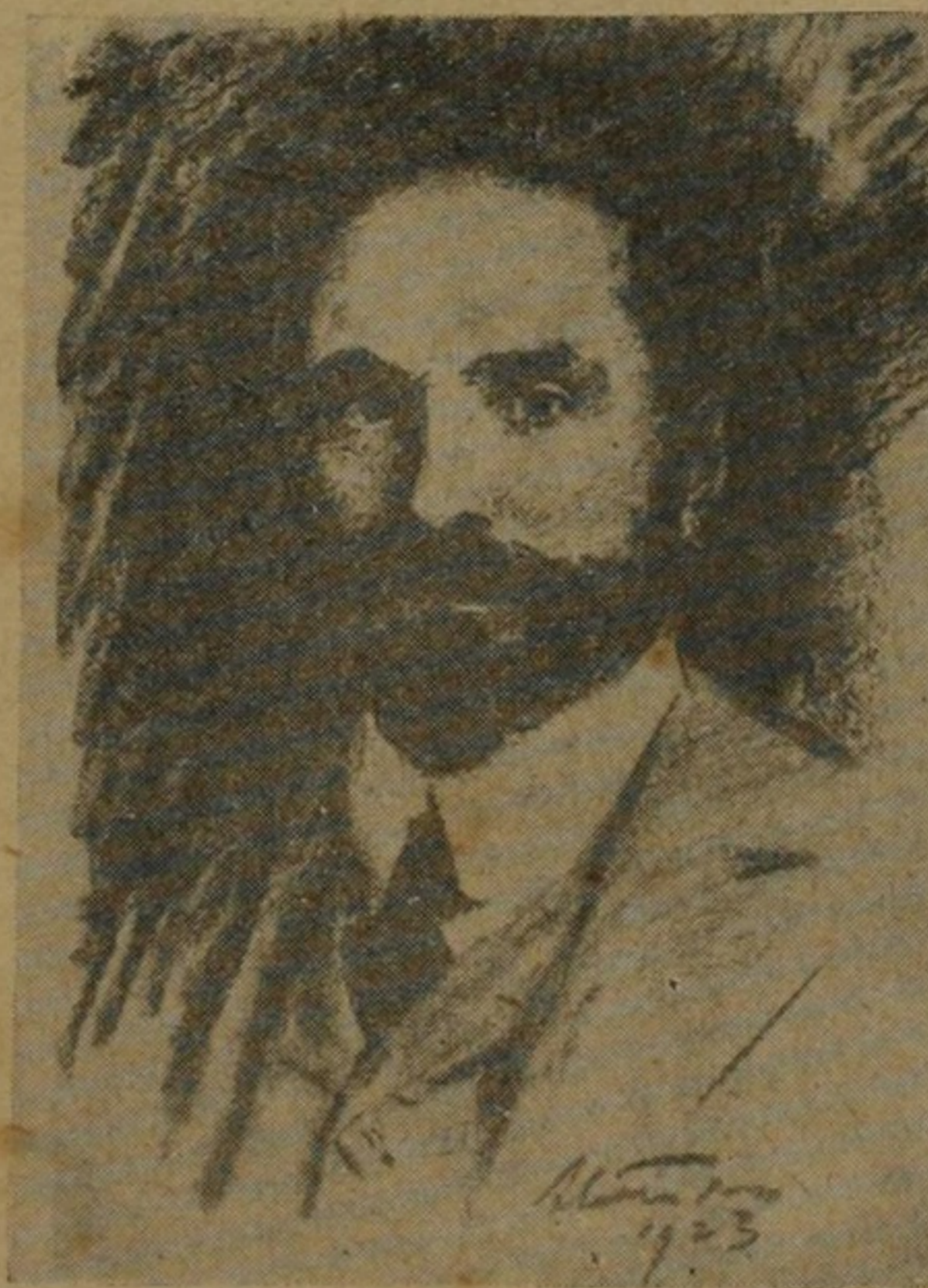
La torre de Ironía	Carl Van Doren	Calhoun el marino; ¡Alto ahí!	Juan del Camino
Los rotarios en Bogotá	José Vasconcelos	Bibliografía titular	
El poema perdido	Max Jiménez	Poesías	Julio Barrenechea
Bernard Shaw y Rusia	Bernard Shaw	El clavel bajo la influencia de la Sarah	Persiles
La imagen de Zola	Azorín	El alma de las palabras	Crisóstomus
Un libro sobre Emilio Zola	Rafael Alberto Arrieta		

Mientras hubo una escuela de filosofía en Harvard, hubo ahí también pensadores y maestros de tan diversas índoles filosóficas, que difícilmente parecieron formar una sola escuela; no obstante, posiblemente fueron, a ese respecto, los más característicos representantes de las débilmente federadas filosofías que constituyen la república del pensamiento saxoamericano. ¿No pertenecía al grupo de Harvard aquel profundo conocedor de lo bueno y de lo bello, George Herbert Palmer, quien con tan tierna piedad pudo sostener aquella fase del puritanismo, tal y como había sido suavizada en los alrededores de Boston por una cultura secular? ¿No estaba ahí Josiah Royce, traído de California, con su nueva manera de probar la existencia de Dios, y sus vastísimos conocimientos con los que, gracias en parte a sus maestros alemanes, pudo levantar la amplia aunque un tanto complicada estructura del idealismo metafísico que en su mayor parte trataba de relacionar al individuo con el mundo a la manera como lo estaba en la teología cristiana? ¿No estaba ahí William James, esplendente y vernacular, quien había de encontrar los más sólidos cimientos del peculiar optimismo de sus compatriotas e hizo todo lo posible por unir el silencio de una celda de estudio con el estrépito enervante de un mercado? ¿Y acaso no se encontraba ahí también Jorge Santayana, prestado por España al Nuevo Continente, observando el puritanismo con católicos ojos, con helénicos ojos la cristiandad, y con escépticos la democracia y el optimismo? En esta interesante variedad se hallaban reunidos tales elementos que difícilmente puedan encontrarse de igual manera en cualquier otro centro universitario, por lo que el episodio de su asociación continuará por mucho tiempo interesando al crítico e historiador. Pero el historiador o crítico literarios deben preocuparse particularmente por la presencia en el grupo de Harvard de su más joven miembro y de su más preclaro genio.

Santayana era antes que nada un poeta que pensaba e idealizaba su senda en el sutil y encantador mundo en que vivía. Él

La torre de Ironía Jorge Santayana

=De *Contemporáneos*. México, D. F.=



Jorge Santayana

mismo nos ha dado el mejor análisis de sus facultades poéticas: "De la ternura apasionada o del frenesí dionisiaco no poseo nada, ni siquiera aquella magia y abundancia de frase—en realidad, la creación de un idioma nuevo—que marcan los verdaderos límites de la poesía. Aunque mi temperamento haya sido por naturaleza ardiente, el hecho de que el inglés (y no puedo escribir otro idioma con seguridad) no era mi lengua natal, de por sí hubiera impedido cualquier uso inspirado en mí; sus raíces, por otro lado, no llegaban al fondo de mi propio sér. Nunca apuré en la infancia las cadencias y arrullos del hogar, indispensables en toda poesía espontánea. No sé de la fragancia de los mundos encantados, de los cuentos de hadas o de los viejos cantos de cuna. Además, soy hijo de la ciudad; y esa intimidad con la naturaleza, esas no-

tas rurales inseparables del sentimiento poético en casi todos los poetas de habla inglesa, se acallan en mí por completo. El paisaje me es sólo una decoración para la fábula, o un símbolo para el destino, como lo era para los antiguos; y la escena humana en sí misma no me es más que un tema de reflexión. Ni tampoco me han fascinado los vericuetos de villorrio, ni el aspecto o carácter de las variadísimas clases y condiciones de hombres. Mi relación con el lenguaje es sólo literaria". A pesar de esto, continúa: "En cierto sentido creo que mis versos, intelectuales y pobres como posiblemente sean, representan una inspiración pura, una verdadera docilidad. Una musa—no precisamente inglesa—llegó de verdad hasta mi rincón de aislamiento; era la misma, o el espíritu de la misma que visitó a Boecio o a Alfredo de Musset o a Leopardi. Me era literariamente imposible no responder a su elocuencia. Y tan pronto como ese impulso cesó, cesó en mí también la idea de escribir versos. Mi emoción—porque ahí hubo una emoción genuina—transformóse suavemente en sensación, en algo así como que la lección estaba ya aprendida; no había más tiempo que perder para esta clase de unción y destemplanza. Estoy casi seguro que el lector inteligente probablemente ha de gustar más de las posteriores versiones en prosa de mi filosofía; yo mismo las prefiero, como si fueran más ampliamente afirmadas, más sanas y llenas de vida. Y en ellas, si está interesado, encontrará la misma cosa mucho más cerca de su origen, en su prematuro y accidental escenario, con sus auténticas y personalísimas notas".

Sólo en el momento en que la filosofía de Santayana estaba forjándose, fue cuando su poesía vibró con las notas más personales. Sus versos ocasionales e íntimos son, en su mayoría, de dolor, aunque a través de todos sus ensayos dramáticos no llega a derramar una sola gota de sangre. No obstante, sus odas, y frecuentemente sus sonetos, se encuentran salpicados de un raptó y éxtasis que llegan muy hondo y cautivan, y de una música que vibra de manera ajena a la de la poesía inferior.